

para hablar de Jesús, para salir a anunciar con entusiasmo al Señor Jesús en quien decimos creer. Tenemos la tentación de pensar que nos faltan las técnicas, sociológica o psicológicamente más idóneas para la tarea misionera, pero ¿es eso solo?

El Concilio Vaticano II enunció un importantísimo principio para la acción misionera: *La misión de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, **obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo**, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo* (AG 5). Es doble el origen del impulso misionero: por una parte el mandato expreso de Cristo, *Vayan al mundo entero*; por otra, la misma vida que comunica el Espíritu, que es por sí misma expansiva, 'misionera'.

Este doble origen nos lleva al principio de cuanto estamos reflexionando. El mandato misionero arranca de una experiencia, de un encuentro personal con Jesús. Es Él quien nos convoca, nos reúne para ese “estar con Él” y para “enviarnos a predicar”. Y, por otra parte, nos debemos preguntar si lo que llamamos con alguna frecuencia des-aliento, des-ánimo, no es falta de Espíritu, porque en cristiano aliento y ánimo se escriben con mayúsculas, mayúsculas del Espíritu que da Vida.

Pedimos a nuestra Madre la Virgen María que, igual que hizo al principio con los Apóstoles, nos haga mejores discípulos, más hermanos y más misioneros, y que el Buen Pastor nos conceda las vocaciones que necesita la Diócesis para la vida sacerdotal, la vida consagrada y la vida laical comprometida. Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU  
OBISPO DE CANARIAS



**JESÚS Y SU EVANGELIO NOS HACEN  
DISCÍPULOS, HERMANOS Y MISIONEROS**

**PRINCIPIO DE CURSO 2017 - 2018**

SEPTIEMBRE 2017

*presentes entre los cristianos (AG 6), la descristianización de países cristianos, la disminución de las vocaciones al apostolado, los antitestimonios de fieles que en su vida no siguen el ejemplo de Cristo. Pero una de las razones más graves del escaso interés por el compromiso misionero es la mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, por desgracia, incluso entre los cristianos (RM 35).*

Si fue el impulso evangelizador y misionero el que alentó la convocatoria y la celebración del Concilio Vaticano II, también fue en nuestra Iglesia Diocesana este mismo aliento el que empapó el último Sínodo Diocesano, convocado por nuestro querido Hermano D, Ramón Echarren, que presidió su celebración y aprobó sus Constituciones. En el primer trimestre de este próximo curso pastoral celebraremos los 25 años de su Clausura. Es bueno que nos demos cuenta expresamente de cuál es el esquema de todas sus Propuestas, las Constituciones Sinodales:

- 1.- Nuestra Iglesia Diocesana, Misterio de Comunión.
- 2.- Nuestra Iglesia Diocesana, enviada por el Señor a Evangelizar.
- 3.- Nuestra Iglesia Diocesana vive la Misión y la Comunión en el triple ministerio.

Incluso sus opciones preferenciales enunciadas en 1992: la evangelización de los jóvenes y la problemática familiar, siguen siendo hoy los ámbitos en los que deberíamos afrontar la conversión misionera de nuestra Comunidad diocesana.

Necesitamos repasar y meditar estos preciosos textos. Y contrastarlos con nuestras resistencias a la salida misionera. Todavía nos movemos con cierta destreza en lo que llamamos pastoral de conservación, mantenimiento, autopreservación, pero en cuanto nos situamos en campo abierto, o en el terreno que no es el nuestro, no sabemos qué hacer o nos bloquea la falta de impulso

*Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (EG 27).*

No ha sido Francisco, en 2013, el inventor de esta invitación a la salida misionera. En realidad es el impulso que domina el Concilio Vaticano II desde el primer día de su convocatoria por San Juan XXIII a su clausura por el Beato Pablo VI. Es el impulso de dos de los más importantes documentos del postconcilio, que son considerados como emblemáticos en esta línea: La Exhortación Ap. *Evangelii Nuntiandi* (1975) del Beato Pablo VI sobre la Evangelización en el mundo contemporáneo, y la Encíclica *Redemptoris Missio* (1990) de San Juan Pablo II sobre la permanente validez del mandato misionero.

No se ha hecho problemática la misión de anunciar a Jesucristo a todos los pueblos, principalmente por dificultades exteriores de persecución o contradicción cultural; son las dificultades internas a la misma Iglesia las que subrayaba san Juan Pablo II, recordando un texto del Beato Pablo VI: *Mi predecesor Pablo VI señalaba, en primer lugar, «la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro. Dicha falta de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza» (EN, 80). Grandes obstáculos para la actividad misionera de la Iglesia son también las divisiones pasadas y*

## JESÚS Y SU EVANGELIO NOS HACEN DISCÍPULOS, HERMANOS Y MISIONEROS

### PRINCIPIO DE CURSO 2017 2018

Muy queridos Hermanos todos:

Por estas fechas, el iniciar cada Curso pastoral, ponemos en manos de todos: laicos, consagrados, pastores, comunidades, el documento guía que presenta los objetivos, nos recuerda las conexiones con lo caminado hasta ahora y con el camino que nos propusimos recorrer, y nos ofrece algunas posibles actividades que nos ayuden a caminar y a caminar juntos.

Casi simultáneamente, siempre ofrezco a todos unas reflexiones que quieren recordar, animar, ayudar a comprender en la misma línea el sentido de los pasos que vamos dando.

En el Documento que ofrece la Comisión se presenta el Objetivo general de este Curso pastoral 2017-2018 con estas palabras: **“Cuidar y potenciar en todas nuestras actividades pastorales la ACCIÓN MISIONERA desde el encuentro personal con el Señor y la experiencia comunitaria”**

Es evidente que, tal como se nos explicita en el mismo documento, el acento se pone en la Misión, aunque una Misión que brota del encuentro con el Señor y su Evangelio, una experiencia que nos cambia, y nos reúne en comunión. Así lo hemos ido trabajando en los dos últimos cursos. La Misión es siempre la fase final y necesaria de un camino, en el que encontramos siempre y fortalecemos siempre lo que nos caracteriza como creyentes: somos Discípulos, Hermanos, Misioneros.

Son tres dimensiones del ser cristiano que no pueden separarse. Ninguna de ellas puede decirse auténtica, si no nace o conduce a las otras. El ser "misioneros" parece el último paso, y queremos prestarle este curso una atención preferente; si no se da, pone en tela de juicio la autenticidad del discipulado y de la fraternidad, porque no es posible ser discípulo y hermano sin ser misionero. Pero la verdadera misión, que no sea mera propaganda o marketing, solo la realiza quien se ha encontrado con Jesús, lo ha acogido como alguien tan vivo y más vivo que uno mismo, se ha vinculado íntimamente a quien nos llama amigos, y se ha unido a los demás acogiéndolos como hermanos, compartiendo con ellos encuentro, raíces, vida diaria y tarea.

Cuando empezamos el Plan Diocesano de Pastoral 2007-2010, ya hacíamos una reflexión creo que importante entre lo que entonces nombrábamos Identidad, Comunión, Misión. Mi cartilla pastoral en donde aparecía se llamaba LA FE SE FORTALECE DÁNDOLA, una frase tomada de la Encíclica *Redemptoris Missio* de San Juan Pablo II. En aquella cartilla había unas ideas fuerza que se podrían repasar hoy: *La Misión juzga la Identidad y juzga la Comunión, La Misión fortalece la Identidad y construye la Comunión, La Misión renueva la Identidad y abre la Comunión.* Aquella cartilla pastoral, que fue publicada en septiembre de 2007,<sup>1</sup> presentaba el Plan Diocesano de Pastoral que llevaba por título: CREYENTES EN CRISTO PARA SER SUS TESTIGOS. Al final (pp. 16-18) hacía una evocación del Documento conclusivo de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que se había celebrado en Mayo de ese mismo año, y que llevaba por título, con bastante cercanía de contenido, DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA. Algunas voces recordaron en 2013 que en aquel Documento de Aparecida de años antes había mucho de las manos

---

<sup>1</sup> Puede verse en la web de la Diócesis.

Jesús. Pero, como este comprender discipular no se limita a entender las cosas, sino a seguir a la persona, de lo que se trata es de **comprender y aprender a ser hijo**, hijo en el Hijo. Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “¡Abba, Padre!”. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios (Gal 4, 6-7). Y se podría seguir deduciendo: Y si eres hijo, eres también hermano, hermano de todos los hombres.

Hermano, como hijo, significa entrar en el mundo de la familia, el mundo en el que lo normal es vivir en la gratuidad, en la atención preferente a los pequeños, enfermos y débiles. No se opta por ser hermano, como no se opta por ser hijo. Lo somos antes de cualquier decisión consciente, desde el momento del nacimiento, desde el origen común. Es, también esto, el signo claro de que ser hijo y ser, en consecuencia, hermano, es algo recibido, una gracia.

## MISIONEROS

En el mundo de las ideas, es fácil comprender que ser misionero, anunciar, proclamar lo que es bueno y experimentamos como bueno, sería lo más obvio y natural. Pero, si esto ha sido así en tiempos pasados, y particularmente en algunas épocas de la historia de la comunidad cristiana, tendremos que reconocer que, al menos en nuestro ámbito occidental europeo, está en crisis la condición de misionero. No parece sinónimo o calificativo necesario del ser cristiano.

Si el Santo Padre Francisco nos apremia de modo tan vigoroso con las famosas palabras: *Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo*, es porque siente que esta dimensión de Iglesia en salida no es precisamente la dominante en las comunidades cristianas. Conviene leer las líneas que siguen:

Con la Fraternidad pasa lo mismo: en vez de fraternidad, que es reflejo de la paternidad compartida, y que es un hecho que no depende de mis opciones, hablamos de solidaridad, que es decisión de cada individuo, una acción concreta que se puede realizar o no. La fraternidad sin embargo no es una acción que depende de cada uno; no nos hacemos hermanos, somos hermanos, nacemos ya como hermanos desde el momento que otro hijo de los mismos padres haya nacido antes.

En creyente la Paternidad común es la Paternidad de Dios, y por eso encontramos un fundamento sólido para la Fraternidad de todos los hombres y para la Igualdad de todos los Hermanos. Podemos actuar sin considerar esa Fraternidad y esa Igualdad, pero entonces nuestra actuación contradice lo más íntimo y profundo de nuestro ser humano. Y si queremos potenciar la Fraternidad y la Igualdad basta con mirar al Padre común para que cualquier realidad social, pequeña o grande, cercana o lejana, sea transformada profundamente.

La posibilidad de la fraternidad universal en la palabra de Jesús está en conexión con la Paternidad de Dios: *Todavía estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo». Pero él contestó al que le avisaba: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».* (Mateo 12, 46-50).

La Fraternidad cristiana está también en conexión con la condición de Discípulos que hemos comentado antes. Aprender y comprender -como buen discípulo- que Jesús es el Hijo de Dios, es aceptar la figura del Padre, y su papel fundamental en la vida de

y del corazón del entonces Cardenal Bergoglio, elegido Papa Francisco. Cuando recibimos de él la Exhortación *Evangelii Gaudium*, su documento programático, pudimos comprobar multitud de acentos evocadores y conexiones.

Por mi parte quiero ofrecerles unas reflexiones sobre esas cualidades, dimensiones, aspectos de la personalidad creyente, que figuran en nuestro lema para este curso pastoral, y siguen organizando nuestro vivir y nuestro hacer porque fluyen de nuestro ser más profundo: JESÚS Y SU EVANGELIO NOS HACEN DISCÍPULOS, HERMANOS Y MISIONEROS.

#### **PLAN DIOCESANO DE PASTORAL:**

##### **¿DINÁMICA TÉCNICA O ACCIÓN DE DIOS?**

Y lo primero que quiero decir es que el Plan Diocesano de Pastoral tiene un **valor religioso**, es decir, que nos ayuda a situarnos ante Dios, para discernir lo que Él quiere hacer y lo que Él mismo hace en nosotros a través de estas pautas que parecen solo técnicas y dinámicas humanas. Las necesitamos, pero son, en manos de Dios mismo, el instrumento de un crecimiento en la fidelidad a Él. Jesús vuelve a estar con los que llamaba "los suyos", hoy nosotros, vuelve a contemplar la muchedumbre y vuelve a verla necesitada de pastor. Y con paciencia, con calma, como entonces, nos habla, nos alienta, nos impulsa para que acerquemos a la gente la palabra justa, la cercanía fortalecedora, el aliento que convoca y une, el impulso que hace caminar más allá de nuestras cortas perspectivas. Jesús trabaja en nosotros por su Espíritu. No nos hacemos discípulos, hermanos y misioneros. Es Él quien nos llama al discipulado y está atento a nuestro crecimiento y a nuestros retrocesos. Es Él quien nos hace hermanos, y se duele por nuestros celos, nuestras incomprensiones, nuestros chismes y nuestras divisiones. Es Él quien nos envía y nos da el aliento de mantener el impulso misionero. Y es Él, Jesús, el Señor Resucitado, quien, por

medio de nosotros, pastores y laicos comprometidos, habla y trabaja en la gente.

Cuando nos acercamos con la reflexión a esas cualidades del creyente: Discípulo, Hermano, Misionero, y las vemos realizadas en los Apóstoles de Jesús, percibimos que esto no fue sino el final de un largo proceso. Tenían como acompañante y pedagogo al Mesías Hijo de Dios, y, humanamente hablando, todo terminó en fracaso. La venida del Espíritu Santo fue enderezando los pasos, fortaleciendo las debilidades, abriendo las estrecheces del corazón, uniendo voluntades.

Por lo que se refiere al impulso misionero, que es el aspecto preferente de este curso, el proceso parece madurar y prolongarse de manera especial. Él llamó singularmente a sus discípulos a seguirlo, y poco después los envió *a las ovejas descarriadas de Israel*, un envío de ida y vuelta, que suena a prueba y entrenamiento. Un envío limitado en cuanto a los destinatarios: "*no vayáis a tierra de paganos, ni entréis en las ciudades de Samaría*" (Mat 10, 6). Y posiblemente también limitado en cuanto a sus efectos en los enviados: "*Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre*" (Luc 10, 17), dicen al constatar los maravillosos efectos de los poderes recibidos. "*No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo*" (Ibid. 20), corrige Jesús.

Los discípulos enviados no debían ir a tierra de paganos o a Samaría, pero Jesús sí hizo algunos viajes fuera de las fronteras del pueblo de Israel, e incluso, sin salir geográficamente, sí atendió problemas y necesidades de personas que no formaban parte del "padrón oficial" del pueblo de Israel, e incluso habló de algunos de estos presentándolos como referentes. Jesús sale a Tiro y Sidón, y sale a las tierras de Gerasa, encargando al endemoniado curado que se quede entre los suyos para contar lo que le ha hecho Dios;

tiene su raíz profunda en la no aceptación de la igualdad básica de los hombres.

Con la Fraternidad pasa algo semejante. Seríamos capaces de definir el concepto, pero puede resultar una palabra hueca, a la que le falta la experiencia humana que le da sentido. El pensador español Julián Marías publicó en la Tercera de ABC de hace más de veinte años, un memorable artículo en el que invitaba a pensar precisamente en la problemática vaciedad de este concepto. "*Una de las consecuencias de la situación actual en Europa, es la inminente desaparición de una de las formas humanas más importantes desde que existe el hombre: los hermanos. El número de hijos por pareja es de 1,2, acaso 1,3 en algunos países... Un empobrecimiento extraordinario de la misma realidad humana, de las posibilidades constitutivas del hombre y de la mujer*".<sup>5</sup> Si la falta de la experiencia correspondiente puede negarle un futuro a este concepto, también podemos preguntarnos por su fundamento. ¿En qué nos basamos para llamar a alguien hermano? La mera semejanza no es suficiente, es necesario acudir al concepto-realidad de procedencia común: la paternidad.

Pero también esta paternidad está en crisis. Nuestra cultura, sustituye los parámetros familiares -que corresponden a experiencias fáciles, cercanas y comunes- por parámetros individualistas y funcionales. En vez de paternidad, que supone entenderse a uno mismo desde lo recibido, hablamos de **auto-realización**, **auto-estima**, **auto-ayuda**, **auto-nomía**; y en vez de filiación, que se refiere a lo que somos antes de cualquier opción, por gracia, hablamos de **afiliación**, que se aplica a lo que elegimos ser al apuntarnos a este o aquel grupo.

---

5 JULIÁN MARÍAS, *Hermanos*, ABC 8 de Diciembre de 1994. Según el Instituto de Política Familiar, el Índice de fecundidad de la Unión Europea en 2014 era de 1,57 hijos; en España el Índice es de 1,32 hijos, y en nuestra Comunidad de Canarias de 1,04 hijos.

Es el discípulo que, desde esa intimidad e identificación con Jesús, *da testimonio de todo lo escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero* (Juan 21, 14). En Juan solo en dos ocasiones Jesús define su relación con alguien con la palabra *amigo*: *Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo* (Juan 11, 11). *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el sirve no sabe lo que hace su señor, a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer* (Juan 15, 13s.). El discipulado manifiesta toda su potencialidad en la amistad, una amistad que es identificación y participación en su vida y en su destino.

## HERMANOS

La palabra y el concepto 'fraternidad' es uno de los conceptos claves de nuestra cultura occidental. Estaba en el lema de la Revolución francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Pero este lema tiene hoy más de un problema: ni miramos las tres realidades juntas, como condiciones inseparables del ser humano, ni entendemos todos lo mismo sobre cada una de ellas. Una reflexión sobre la Fraternidad necesariamente conlleva entrar en el contenido de las otras realidades. Por ejemplo, que todos los hombres somos iguales nos lo creemos en el terreno de los principios, y esto sin olvidar que hay muchos espacios humanos por la geografía mundial en los que este concepto-realidad no está claro ni es admitido sin más.<sup>4</sup> Y aunque nos lo creamos en el terreno de los principios no lo respetamos en la realidad de los hechos. Y ¿encontramos un fundamento sólido para apoyarlo? Un elevado porcentaje de conflictos económicos, sociales, políticos de la sociedad de hoy

---

4 No olvidemos el mundo de las etnias, de las castas, de los nacionalismos radicales o radicalizados.

atendió a la sirofenicia o cananea, alabando su fe y alcanzándole las migajas que caen de la mesa de los amos; atendió al centurión romano, que le pedía ayuda para su criado enfermo, afirma incluso que no ha encontrado en Israel tanta fe y reconoce que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.

Para tener el talante misionero de Jesús los discípulos de entonces como los de ahora necesitamos empezar por tener su mirada compasiva y atenta sobre la gente, una mirada que se compadece porque la ve *extenuada y abandonada, como ovejas que no tienen pastor*, una mirada que con paciencia aprende a cargar con todas sus contradicciones: *se toca la flauta y no bailan, se entonan lamentaciones y no lloran, ven a Juan que no come ni bebe y lo juzgan endemoniado, y viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y lo llaman comilón y borracho*.

Jesús es muy consciente de algo que nosotros llamaríamos hoy distancia entre oferta y demanda pastoral: gentes que se acercan a la comunidad cristiana buscando sacramentos, devociones, etc., y nosotros, que incluso hacemos una oferta con buena preparación y esmero, pero realmente muy lejos de lo que buscan. "*Me buscáis -dice Jesús- no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan para saciaros*". Jesús se lamenta de la falta de fe: *Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros? No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa*». Y se admiraba de su falta de fe.

Y a pesar de todo, Jesús sabe ver la fe de los sencillos, incluso de los que no están considerados como creyentes cualificados, y sabe ver la bondad de los pequeños, como la viuda pobre que echa más que nadie en el cepillo del templo, o tantísima gente buena, que hace el bien sin saber que lo está haciendo a Él

mismo. Sabe muy bien que tiene algunos amigos ocultos, como Nicodemo y José de Arimatea, en un ámbito tan contrario como el de los fariseos. No tiene reparo en dejarse tocar por una pecadora pública, y considerarla mejor que el fariseo que le ha invitado a Él y decírselo, ni en hablar con una samaritana a solas, ni en poner a un samaritano como ejemplo de actuación frente al 'pasar de largo' del sacerdote o del levita, ni en autoinvitarse a casa de Zaqueo, un publicano notable, ni en elegir a uno de sus discípulos en ese círculo tan mal visto de los cobradores de impuestos.

Los discípulos de Jesús se alegraron de los efectos de los poderes que les dio Jesús sobre los espíritus malignos, pero el Maestro les censura que quieran prohibir que eche demonios en nombre de Jesús a uno que no va con ellos. Como les regaña cuando pretenden hacer que baje fuego del cielo y acabe con los samaritanos porque les niegan alojamiento en su camino hacia Jerusalén.

Todo lo que hemos ido espigando en el texto de los Evangelios corresponde a la etapa del ministerio público de Jesús. Cabría esperar que la venida del Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés cambiaría tantas actitudes pequeñas y encogidas del corazón de los discípulos apóstoles. Pero lo que comprobamos es más bien que el proceso no se termina de un día para otro, sino que sigue madurando con la acción constante del Espíritu. Hay como distintas venidas manifiestas y notables del Espíritu a lo largo del libro de los Hechos: la primera, en la fiesta de Pentecostés, abre la puerta del Cenáculo en Jerusalén y hace hablar (Hechos 2, 4); en seguida el Espíritu será el valedor que fortalece y consuela en la persecución (4, 31); también los samaritanos tienen su Pentecostés (8, 17), como lo tienen los primeros romanos convertidos y bautizados en casa de Cornelio (10, 44); y el Espíritu completa en Éfeso la formación inacabada (19, 6).

*predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios.*<sup>2</sup> Con estas breves expresiones queda definido el contenido de esta realidad del discipulado: grupo concreto y unido, que constituye para estar con Él y para enviarles. Ese '*estar con él*' tiene que ayudarles a responder a la gran pregunta que plantea en realidad todo el Evangelio: ¿Quién es este? Y se van viendo pasar los acontecimientos y se les ve capaces de decir que es el Cristo, pero incapaces de comprender que es el Cristo Hijo de Dios que debe sufrir. E incapaces de aprender y comprender que no basta con la afirmación de los labios, sino que es necesario seguirle, y con la propia cruz. Solo el centurión romano, al ver expirar a Jesús, descubre la respuesta a aquella pregunta: ¿Quién es este? Después de la Resurrección, re-convocados de nuevo en Galilea para seguir con Él aprenderán a ser discípulos, aprenderán a dar la vida. Un mártir de la segunda generación, Ignacio de Antioquía, acercándose a la muerte, exclama: *Ahora empiezo a ser discípulo.*<sup>3</sup>

Este conjunto de apuntes es bastante común a todos los Evangelistas, pero encontramos algunos matices muy importantes en Juan. En Juan el término discípulos es muy abundante, y en ocasiones es imposible determinar de quien en concreto estamos hablando. Como es imposible determinar el alcance real de la expresión, que se repite: '*muchos creyeron en él*'. Pero sí destaca la visión del discípulo como *el amado*, un discípulo al que no se le pone nombre, pero que parece representar la condición ideal del verdadero discípulo, el que está profundamente unido a Jesús, que conoce su interior, y permanece en su palabra. En la cena está en *el seno de Jesús*, una expresión atrevida, sobre todo si se piensa que solo aparece otra vez en todo el Evangelio: *el Verbo que está en el seno del Padre* (Juan 1, 18). Es el discípulo que recibe a la Mujer como Madre, de la que es declarado hijo por el Hijo desde la cruz.

---

2 El texto de las tres homilías está publicado en la web de la Diócesis.

3 Carta a los Romanos, V, 3.



discipulado en tiempos de Jesús, y en el caso concreto de los discípulos de Jesús: *El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad. En la antigüedad, los maestros invitaban a sus discípulos a vincularse con algo trascendente, y los maestros de la Ley les proponían la adhesión a la Ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (cf. Jn 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68). En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren **dos cosas del todo originales en la relación con Jesús**. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro, **fue Cristo quien los eligió**. De otra parte, ellos **no fueron convocados para algo** (purificarse, aprender la Ley...), **sino para Alguien**, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. Mc 1, 17; 2, 14). Jesús los eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3, 14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión. El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas (Doc. de Aparecida, n. 131).*

En las tres últimas Ordenaciones celebradas en la Diócesis: Diácono de 2 de Julio de 2016, Presbítero de 1 de Octubre de 2016 y Diácono de 1 de Julio de 2017, me he detenido en reflexionar sobre la relación de Jesús con sus discípulos de forma que puede servir para situarse en la condición discipular que es común a todos. Particularmente en la Ordenación de Presbítero comenté el texto evangélico del cap. 3 de Marcos que es fundamental en este tema: *Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a*

Los capítulos 10 y 11 del libro de los Hechos suponen un cambio notable y decisivo: Pedro, que se resiste a anunciar a Jesús a no-judíos es convencido por el Espíritu para que acuda a Cesarea a casa de Cornelio. Y en Antioquía, la "ocurrencia" de algunos que se pusieron a hablar también a los griegos produce efectos notables de fe y conversión. El Concilio de Jerusalén tendrá que precisar el cómo de esta posibilidad de misión universal, pero la vía está abierta para que Jesús y su Evangelio cambien, reúnan y envíen a todo el que abra su corazón a la Buena Noticia. Después de la visita en Cesarea, la "ocurrencia" de Antioquía y el Concilio de Jerusalén todo se centra y se orienta con decisión a Roma, la capital del Imperio: nos salvamos por la fe en Cristo Jesús, y Dios concede a los paganos la misma gracia que a nosotros, los creyentes judíos 'de siempre'.

#### **VIDAS EN PASCUA. EL PASO DEL SEÑOR POR NUESTRAS VIDAS**

Todos los cambios que hemos observado y subrayado no son cambios de técnica y dinámica; son cambios en las personas, son acciones transformadoras del Espíritu de Jesús, que hace discípulos, hermanos y misioneros. Hace pocas fechas, para festejar la figura del Apóstol Santiago, recurrí a una idea que se inspira en el libro del Éxodo, y que hoy puede resultarnos muy útil.

Cuando el Señor en el libro del Éxodo explica a Moisés y Aarón cómo tienen que celebrar la cena de la liberación de Egipto, después de nombrarle los pormenores, dice lo más importante, el motivo: *Es la Pascua, que significa el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos sus primogénitos. La sangre del cordero será vuestra señal en las casas donde habitéis.*

El **paso del Señor** por las vidas de los hebreos que están como esclavos en Egipto será algo visible y notable: serán libres

que buscan la libertad; serán, con todas sus debilidades, un pueblo peregrino que busca la tierra de la promesa que mana leche y miel, un mundo distinto del que ahora viven y que les hace sufrir; serán un pueblo que pone su confianza en el Señor, que los guía, los alimenta, sacia su sed, les enseña cómo debe desarrollarse por su comportamiento la convivencia de cada día, la Ley de los mandamientos. Así son los santos, creyentes, peregrinos seguidores de Jesús. Sus vidas son vidas por las que *ha pasado el Señor*.

Hay una experiencia sencilla que todos podemos tener y que seguramente hemos tenido. Nuestros pueblos se distinguen a veces por *aquel maestro* notable, querido por todos, cuyo paso por el pueblo, por los niños y los jóvenes, se notó y se recuerda. Otro tanto ocurre con nuestras parroquias, que tienen la marca de los curas que han pasado por ellas: ¡Qué bien se confiesa aquí la gente! ¡Cómo le gusta a las gentes de este pueblo la Adoración Eucarística! ¡Qué fuerza tiene aquí la caridad solidaria con los pobres! ¡Qué gusto da celebrar en esta Parroquia! Todo el mundo responde, todo el mundo canta, todo el mundo calla con fervor en los momentos centrales. ¡Cómo funciona el Consejo Pastoral! Estas y muchas otras cosas hermosas son en realidad la herencia de Don Fulano o Don Perengano, la huella de su paso por la vida de la comunidad.

Santiago Apóstol fue un creyente que experimentó el paso del Señor por su vida: Buscó destacar; buscó acogerse a las faldas de su madre para conseguir esa notabilidad; se quedó dormido en Getsemaní cuando su amigo más lo necesitaba, y eso que iba, con su hermano Juan y con Pedro, siempre cerca, muy cerca del Señor, en un grupo especial; lo abandonó y huyó como los demás discípulos.

Sin embargo, después de Pascua: con sus hermanos Apóstoles llenó Jerusalén con la palabra, el nombre de Jesús.

Manifestó su disposición a seguir a Jesús obedeciendo a su mandato, antes que a los hombres, aunque estos hombres pudieran juzgarlo, condenarlo, encarcelarlo y matarlo. Sí, consiguió lo que había pedido su madre para él: ser el primero de los Apóstoles, pero no en la notoriedad del sillón, sino en el dar su vida, el supremo testimonio de servicio a Dios y a los hermanos, por Jesús. Se notó en él la Pascua, el Paso del Señor.

Efectivamente, ser del grupo de Jesús por sí solo no garantiza que el Señor haya pasado por nuestras vidas. También hoy hay que decirlo: estar en Misa, formar parte con mayor o menor presencia y participación en la Parroquia, no garantiza que el Señor haya pasado por nuestras vidas. Es bastante, pero puede no ser todo lo que el Señor quiere hacer en nosotros. Y él quiere hacer en nosotros, quiere hacer de nosotros Discípulos, Hermanos, Misioneros.

## DISCÍPULOS

Nuestra concepción del discipulado es muy distinta hoy de lo que se expresa en el Nuevo Testamento con este término. Para nosotros discípulo de alguien es el que aprende lo que el Maestro sabe y enseña. Puedes ser discípulo de alguien, incluso muy ilustre, sin que hayas intervenido en la elección de esa relación de discípulo. Uno elige una carrera, según el propio proyecto personal, y en el itinerario académico te "toca" ser discípulo de este o aquel. En algunos casos concretos sí se da esa elección, pero lo que está en juego fundamentalmente es el saber que se trasmite. La relación personal con el Profesor es normalmente excepcional.

El Documento de Aparecida, que mencioné anteriormente, expresa con mucha precisión y variedad de aspectos, la realidad del